Segun parece, había observado muy ma la conducta y disminuido en gran parte la he rercia de mi padre, despues de haberse comi do la suya hasta el último céntimo.

Le embarcaron entônces para América en un buque mercante que salía del Havre

para Nueva York. Una vez allí, mi tío Julio abrió una tien da de no sé qué, y escribió al poco tiempo que empezaba á ganar algun dinero y que esperaba poder indemnizar a mi padre de los perjuicios que le había ocasionado. Aquella carta produjo en casa una emocion profunda. Julio fué de repente un hombre honrado, un muchacho de buen corazon, un verdadero Debranche, integro como todos los Debranche.

Un capitan nos dijo, además, que el tío Julio había alquilado un gran local y que sus negocios iban adquiriendo gran importancia.

Al cabo de dos años se recibió otra carta en la que nos decía:

Mi querido Felipe: te escribo para que sepas que gozo de buena salud. Los negocios marchan también á pedir de boca. Mañana salgo para un largo viaje por la América del Sur, y no te alarmes si no te escribo. Cuando haya logrado yo redondear mi fortuna volveré al Havre.

«Espero que no tardaré en lograr mi propósito y realizar mi sueño de que vivamos

juntos y felices.» Esta carta llegó á constituir el evangelio de la familia, y á todo el mundo se la ensenaban.

Durante diez años, no dió el tío Julio se nales de vida; pero las esperanzas de mi pa-dre iban en aumento á medida que el tiempo trascurría, y mi madre tambien desía con fre-

-Cuando vuelva el bueno de Julio, cambiaremos de modo de vivir. ¡Ahí teneis un hombre que ha sabido salir adelante y reunir

Y los domingos, al ver surgir del horizonte los grandes vapores negros, vomitando sobre el cielo serpientes de humo, mi padre repetía su eterna frase:

-¡Ah! Si Julio se hallara á bordo de ese buque, ¡qué sorpresa la nuestra!

Y casi esperaban mis padres verle agitar

un pañuelo y gritar:
—¡Eh!....¡Felipe!

Habían formado mil proyectos con el regreso de mi tío, y hasta pensado comprar una casa de campo en las inmediaciones de

Por mi parte no afirmaré que mi padre no hubiese llegado á entablar negociaciones con tal objeto.

La mayor de mis hermanas tenía entónces veintiocho años y la otra veintiseis, sin que ninguna de las dos tuviera novio.

Al fin se presentó un pretendiente para la segunda: un empleado no rico, pero honra do. He abrigado siempre la conviccion de que la carta de mi tío Julio, leída cierta no che, dió al traste con las vacilaciones de mi

Fué acogida con sumo agrado su peticion y se resolvió que despues de celebrado el matrimonio, haría toda la familia un viajceillo á

Jersey es el ideal del viaje para la gente pobre. No está léjos; se pasa el mar en un vapor y se pisa tierra extranjera, toda vez que el islote pertenece á los ingleses. Así, pues, nn francés, con dos horas de navegac puede visitar un pueblo vecino y estudiar las costumbres de una isla descubierta por el pabellon británico, como dicen los que hablan

El tal viaje á Jersey constituyó nuestra preocupacion constante, nuestro único deseo, nuestro eterno sueño.

Al fin partimos. Recuerdo la expedicion como si se hubiese verificado ayer: el vapor junto al muelle de Granville; mi padre cuidando del embarque de nuestros tres bultos; mi madre intranquila y asida del brazo de mi hermana soltera, y detrás de nosotros los re

Nos embaresmos y el buque emprendió la marcha, viendo nosotros desaparecer las cos- gracias. tas, alegres y satisfechos, como todos los que no tienen costumbre de viajar.

及此數學表示記述 以權關的漢字形 法指

De pronto notó mi padre la presencia de dos señoras á quienes dos caballeros obsequiaban con ostras.

Un marinero de mal aspecto, y entrado ya en años, abría con un cuchillo las conchas y las iba entregando á los caballeros, los cuales las ponían en manos de las señoras.

Las dos comían con gran delicadeza, teniendo colocada la ostra sobre un finísimo pañuelo y avanzando la boca para no mancharse los vestidos. Despues, con un movimiento rápido, bebían el agua y arrojaban las conchas al mar.

Mi padre, seducido sin duda por aquel modo tan distinguido de comer ostras á borlo, se acercó á mi madre y á mis hermanas,

-¿Quereis que os convide á comer os-

Mi madre vacilaba á causa del gasto; pe ro mis dos hermanas aceptaron en seguida. Mi madre exclamó entónces en tono con-

-Temo que me hagan daño al estómago: bsequia tan sólo á las niñas.

Y volviéndose despues hácia mí, anadió: -Lo que es éste, no las necesita para

Me quedé, pues, al lado de mi madre, pensando en la injusticia de aquella diferen ia, y siguiendo con la vista a mi padre, que acompañaba solemnemente á sus dos hijas y a su verno, al sitio donde se hallaba el ma-

Mi padre cogió una ostra, y, al tratar de mitar á las señoras, vertió todo el líquido sobre su levita.

De pronto retrocedió como si le ocurriera algo extraordinario; vino bruscamente hácia nosotros, y dijo en vez baja á mi madre:

-No puedes figurarte como se parece a Julio ese hombre que abre las ostras. - ¿Qué Julio? - preguntó mi madre.

-Pues. . . . mi hermano. Si no supiese que está en buena posicion en América, creería que es él.

Mi madre balbuceó aterrorizada: -¿Te has vuelto loco? Si te consta que no es él, apor qué dices esas tonterías?

Pero mi padre insistia, diciendo: _Ve a verle, Clara; deseo que le contem

ples con tus propies ojos. Mi madre se levantó y fué á reunirse con sus hijas. Yo tambien me puse a mirar a

Volvió mi madre y noté que estaba tem

- Dreo que es él!-dijo.-Corre a pedir noticias al capitan y sé prudente para que ese ganapan no vuelva á caer sobre nuestras

Mi padre se alejó y yo le segní, hondamente emccionado.

El capitan se paseaba por el entrepuente. landose más tono que si mandara el correo de las Indias.

Mi padre se le acercó, saludóle cortes mente y le hizo varias preguntas. -¿Qué importancia tiene Jersey? ¿Caál

es su poblacion? ¿Ouáles son sus usos y cos tumbres? etc., etc. Hubiérase dicho que se trataba, por lo

nénos, de los Estados Unidos de América. Despues se hablé del buque que nos conducía y de la tripulacion, y al fin mi padre di jo con trémula voz:

—Y, á propósito, ¿quién es ese pobre vendedor de ostras que está allá abajo?

-Un trancés que encontré el año passede en América y a quien he traide a su patris Oreo que tiene parientes en el Havre; pero quiere verlos, porque les debe dinero. Se ma Julio.... Darmanche 6 Darranche, 6 por el estilo. La fortuna le favoreció por esp cio de algan tiempo.... pero luego....ya usted en lo que ha venido á parar!....

Mi padre, que estaba lívido articuló con de llorará por siempre la tardanza. La máquina del vapor lauzó un silbido, gierta dificultad estas palabras;

-Muchas gracias....capitan....muchas

Y se dirigió presuroso y tan descompues. to al lado de mi madre, que ésta le dijo: -Sientate y disimula, no vayan a cono.

cer que te pasa algo extraordinario. Mi padre se dejó caer en el asiento, mur-

-¡Es él! ¡Es él! ¡No cabe duda! Despues preguntó á su mujer:

- Y qué vamos á hacer ahora? Alejar á las niñas. Ya que José está nterado de todo, que vaya á buscarlas, pro curando que nuestro yerno ignore lo que acahamos de descubrir.

Mi padre, completamente aterrado, ex-

-|Qué catástrofel

Siempre he creido-repuso mi madre -que ese pilastre no habría de hacer cosa de rovecho! Como si se pudiera esperar algo de un Dabranche!.

Mi padre se pasó la mano por la frente, omo tenía por costumbre cuando mi madre

e hostilizaba. A los posos instantes la buena señora

-Dale dinero á José para que vaya á parar las ostras. ¡No nos faltaría más sino que nos reconociera ese bandido! Vámonos á otra parte del buque y procura que ese hombre no e acerque à nosotro

Y mis padreg se alejaron despues de haperme entregado una moneda de cinco fran-

-¿Ouanto se debe?-pregunte al marinero, procurando contenerme para no llamarie

Dos francos cincuenta-me contestó. Devolviéndome el cambio le dí cincuenta centimos de propina, y el infeliz me dió las

Yo le miraba atónito, diciendo para mis adentros: -¡Es mi tío, el hermano de mi padre, mi

tio Julio! ... En la manera de recibir la propina, compreudí que aquel desdichado había pedido limosna alla en América.

Mis hermanas no acertaban á comprender mi rasgo de generosidad. Cuando entregué los dos francos sobran-

tes a mi padre, declaré que había dado al marinero cincuenta céntimos de propina. Mi madre tuvo un sobresalto, me miró in-

lignada y me dijo: - Te has vuelto loco? Dar medio franco a ese hombre, a ese miserable!.... Mi madre guardó silencio al notar que mi

dre le señalaba con el gesto á su yerno. Estábamos á la vista de Jersey, cuando ne asaltaron descos de ver otra vez a mi tío Julio, para acercarme á él y dirigirle algunas palabras de consuelo.

Pero como ya nadie pedía ostras, había lesaparecido y bajado sin duda al sitio infecto que debía servirle de albergue. Y regresamos á Francia en el vapor de

Saint Malo, para no encontrarle de nuevo. Y lo que es yo, no he vuelto á ver en mi zida al hermano de mi padre.

Por eso me verás dar á veces cinco franos á les viejos que me piden limosna. GUY DE MAUPASSANT.

A LAURA.

(TRADUCCION DEL PETRARCA) Onien ver quiera el poder de la natura, y el cielo entre nosstros compendiado, contemple esta beldad, que embelesado al mundo tiene con su lumbre pura.

Mas venga pronto, que la tumba obscura lama al bueno primero que al malvado, y este ángel en el cielo es ya esperado; cosa bella, mortal, pasa y no dura. Verá, si llega á tiempo, cómo admira

todo supremo bien en ella junto: withd, believe en fácil alianza. Velá que el estre necio en vano aspira tanta ploria a pinto; mas venga al punto,

ANTONIO GARCÍA GUTIÁRRAS.

IBA SOLO.

L lado de una iglesia vivo, y veo todos los dias bodas, entierros y bautizos. Ya pasa an muerto seguido de trescientos coches y con el féretro cubierto de coronas y flores, ya se ve á otro muerto llevado en unas andas por dos enterradores y seguido nada más de cinco ó seis personas.

Lo mismo sucede con las bodas. Suenan las campanas, se oye ruido en la calle, acuden las comadres, salen á las puertas los peluque ros y los impresores de enfrente y de al lado; baja de un coche espléndido la novia seguida de su padre, viene el novio despues, los convidados, el todo Paris.... se habla de la dote, quince millones. . . . Ob, qué hermosos, qué distinguidos parecen todos!

A los pocos dias se ve llegar una novia «á pié,» seguida de tal vieja, modestamente vestida, y de dos ó tres «perdis» de levita....

-¿Quiénes son? -La sobrina de la vendedora de periódi cos que se casa con el barrendero de la villa.

Ni una sola puerta se abre, á lo sumo una tendera curiosa procura mirar por entre los

prospectos pegados á la vidriera. Los muertos pobres tienen varias catego rías. Así como todos los entierros ricos se parecen, en los cadáveres de poco más 6 ménos hay sus grados

Un coche, un féretro muy sencillo, un so lo coche de duelo, quince ó veinte personas á pié y en algunos fiacres. .

Todavía esta familia puede gastar algo en dar sepultura. Un coche con el muerto, oche o diez ar-

tesanos detrás saltando por entre los char

Todavía este caso revela lo que en nuestra lengua se llama medios. El muerto en unas parihuelas y des 6

fieles amigos son los que aullan la víspera y luego duermen junto à la sepultura.

Dias ha que al alzar la vista vi pasar poi delante del balcon las tristes andas llevadas por los dos antipáticos hombres negros con sus sombreros de hule; era un muerto «blanco; una mujer, una niña. El tamaño del féretro denunciaba los quince años. Detrás... una sola persona. La madre!

Esto me pareció ya el colmo de la desola cion. Hasta entónces no había visto ni ménos gente ni más dolor; la pobre madre, sola, de trás de la juventud agostada...

Pero la miseria es inagotable en sus manifestaciones. Pensad miserias, suponedlas todas en un individuo, siempre habrá otro que cuente otras. No hay filon parecido al del sufrimiento. Subía yo ayer en un coche de la plaza de Clichy, y eran las nueve de la mañaa. Por entre el baño que forma en los eris cales de las ventanillas la niebla matinal, vi en direccion al boulevard Clichy las consabi das paríhuelas que á cada paso nos obligan en la gran ciudad á echar mano al sombre-

Era un muerto chico, un niño sin duda, cubierta la caja con un paño blanco.... pero detrás po iba nadie, absolutamente nadie, ni siquiere una madre, como detrás del otro.

Hice parar al cochero y bajé á tiempo que los conductores del diminuto cadáver se detenian tambien, dejaban las parihuelas en nás cercans.

¡Qué triste desamparo! Allí, al lado de un uerto, en los albores de la vida, pasé di z cos! Ou, ¡qué burla tan triste! minutos en contemplacion muda. Los trancantes apénas volvían la cara; tal es la cos tumbre de ver estas cosas.

Salieron de la taberna los dos enlutados ozos, y preparabanse a levantar de nuevo

Les cogi la accion, -iEs un viño?

-Una niña de seis años.

__ Huérfana?

-No, señor. -¡Oómo! ¿Tiene padres?

_Madre no mas. -Pero.

Uno de los enterradores conrió.

-¡Le sorprende al señor que la madre no acompañe á su hija?

Oh, si! No lo comprendo. - Y la obligacion?-exclamó el atro, que asta entónces no había hablado.

La obligacion! Palabra terrible en esuas randes, en estas inmensas aglomeraciones de séres humanos que luchan por la vida. Conencé á comprenderlo todo.

-La madre es cajera de un almacen de la calle inmediata. Ya ha faltado «dos» dias á su deber, y anoche se le avisó que si no acudía hoy sería sustituida por otra. Precisa- sus crespos cabellos, su gorra de lona, mente son plazas que tienen muchos preten

-Pero. . . -Comprenda usted que despues de un mes de pagar médico y botica, perder una siuacion de cien francos mensuales, sería ho-

Y yo repetí maquinalmente:

-¡Oh, sí, horroroso! -Y la niña era un pimpello-añadió el otro hombre.—La pobre madre lloraba esta mañana como una desesperada. . . .

-Sí, sí, enternécete-dijo entónces su compañero.- Para lo que has de ganar con

¿Qué cuesta este entierro? -Entre unas cosas y otras, no bajará de

-¡Más •de medio mes!» -¡Eso es!

-Ea, jandando!

Y levantaron las parihuelas. Hice una señal al cochero, y me coloqué detras del féretro. ¿Por qué? No lo sé. ¿Qué tres sujetos de ambos sexos con la cabeza ba- me importaban á mí ni la madre ni la hija Sin embargo, iba yo pensando: si á todos los cadaver de Lamartine....

Pero, sy la obligacion? Cuantos van pasando, necesitan los minutos, los segundos. . . . nadie puede perder un cuarto de hora, que representa los trabaos, la lucha por la vida. . . . La madre misma

que van pagando los compradores.... Llegamos al cementerio Montmartre, que está al lado, féretro, acompañante, coche y

Este se bajó del pescante; quitóse el sombrero, como yo; vimos caer en el hoyo aquel cadáver infantil, y más práctico que el poeta el cochero, se echó mano al bolsulo y dió un franco á los enterradores.

Como en la poesía de Becquer, el sepulturero cantando se perdió á lo léjos. Los hombres negros se sentaron junto al mausoleo de un grande hombre á fumar un cigatro; mi co chero y yo nos fuimos con la cabeza baja á buscar el vehículo.

Pasé todo el dis ocupado en mis quehaceres, sin acordarme, en honor de la verdad, del suceso de la mañana.

A eso de las cinco subía por la calle de Nuestra Señora de Loreto á pié ya desahogasa á descansar del tragin del dia.

detrás del escritorio, había una mujer, jóven cuencias, y es más fácil arrancar las yerbas aún, vestida de negro, pálida, con los ojos recien nacidas que cuando ya han echado raí ches no las hicieran mil pedazos, y entraban aun, vestida de negro, palida, con los ojos lescarada y tranquilamente en la taberna irritados por el llanto y escribiendo en un li ces. Esa misma noche le iba a hablar antes bro de caja miéntras un empleado gritaba:

- ¡Una muñeca de movimiento, 30 fran-EUSEBIO BLASCO.

SINFONIA EN GRIS MAYOR.

El mar, ceme un vasto cristal azogado. refleja la lámina de un cielo de zinc; lejanas bandadas de pájaros manchan el fondo bruñido, de pálido grie.

El sol, como un vidrio redondo y opaco, con paso de enfermo camina al zenit; el viento marino descansa en la sombra, teniendo de almohada su negro cojin.

Las ondas que mueven su vientre de plome, debajo del muelle parecen gemir. Sentado en un cable, famando su pipa. está un marinero pensando en las playas de un vago, lejano, brumoso país.

Es viejo ese lobo. Tos taron su cara les rayos de faego del sol del Brasil; los recios titones del mar de la China le han visto bebiendo su frasco de gin.

La espuma impregnada de yodo y salitre ha tiempo conoce su roja nariz, sus biceps de atleta, su blusa de dril.

En medio del humo que forma el tabaco ve el viejo el lejano, brumoso país, á donde una tarde caliente y dorada tendidas las velas, partió el bergantin...

La siesta del trópico. El lobo se aduerme. Ya todo lo envuelve la gama del gris; parece que un suave y enorme esfumino del curvo horizonte borrara el confin.

La siesta del trópico. La vieja cigarra ensaya su ronca guitarra senil, y el grillo preludia un solo monótono en la única cuerda que está en su violin. RUBÉN DABÍO

EL ABUELO.

A primera vez que el viejo labrador—el tío Girard, como le llamaban los aldea-nos—oyó hablar de las entrevistas de su hijo y de Juana, muchacha huerfaun perro más triste que las personas. Estos que pasan por la calle se les ocurriese lo que á na, honesta y laboriosa, que no tenía más formí, esta niña llevaría más gente detrás que el tuna que su juventud, y sus ojos negros, se encogió de hombros y se rió. Amorios pasaje-10s, que nada significan, se le oyo decir. ¡Cosas de la edad! Pero, de todos modos, no descuidaré el aviso. Esas mozas son á veces más listas de lo que uno se figura. Ya encontraré yo mujer para mi hijo.

Andrés, el hijo, era un jóven bueno, inteestará ahora apuntando en su gran libro lo ligente y bien educado. Su padre lo había hecho asistir á la escuela hasta que tuvo diez y seis años. Eso le había costado mucho; pero á él no le dolfa, porque el muchacho se había conducido bien y unos centenares de francos más 6 ménos no eran gran cosa. El mismo Andrés lo recuperaría pronto. En cuanto al viejo, se retiraria antes de mucho de la administracion activa de las tierras, y se limitaría á dar consejos á su hijo. Nancy, la criada vieja, que hacía de ama de llaves desde la muerte de la tía Girard, tenía ya necesidad de descanso En cuanto Andrés quisiera, el tío Girard le buscaría novia. Ya él se había fijado en dos ó tres muchachas modestas y agraciadas que tenían además, y esto era muy importante, algunas tierras. Cualquiera de esos matrimonios redondearía su capital.

El tío Girard se frotaba las manos satisfecho cuando pensaba en esas cosas, y, esa noche, camino de su casa, en donde le esperaba do de ecupaciones y pensando en volver á ca la cena, iba pensando en que sería mejor acla rar de una vez el punto con Andrés, porque En un almacen, á la izquierda, y sentada esos amorics tienen en ocasiones malas consede cenar. Su hijo no le había desobedecido nunca No lo haría tampoco ahora.

El viejo era rico. A los quince años había bajado de la montaña sin un sueldo en el bolsillo y había entrado á trabajar en la gravja de que era dueño ahora. Había llenado su tarea con no interrumpido teson, y había vencido todos los obstácules con la fuerza de su voluntad inflexible y tenaz. Cuando deseaba algo, lo deseaba con el alma, y su obstinacion era proverbial en la aldea. Centavo a centa-